
Textos de José Lira Sosa

El Secreto

Los sectarios antes de ser recibidos debían jurar con toda solemnidad mantener el secreto, aun a costa de los peores sacrificios incluida la muerte. En las enseñanzas preliminares se les había inculcado que no se conocía peor indignidad que la de no prescindir ante los oídos ignaros del conocimiento que estaban a punto de alcanzar y asimismo que la vida no tenía el menor valor si no eran lo bastante fuertes y resistentes para omitir el secreto hasta en sus pensamientos más íntimos. El juramento se pronunció de acuerdo al ritual tradicional de la pandilla y todos los neófitos disfrutaron del placer de sentirse únicos y feudatarios de un mandamiento que les distinguía de los demás, infortunados que nunca tendrían en custodia semejante precepto. A partir de ese momento el grupo salió a la aventura siguiendo los pasos y consejos del gran rector encargado de guiar sus primeras

incursiones entre los profanos, a quienes debían rehuir para no escuchar sus herejías sediciosas. En particular la que rechazaba la existencia del secreto, el cual, insinuaban, de ser omitido con tanta insistencia, a través de los años, había sido olvidado íntegramente por los cabecillas de la banda que ya nada oculto tenían que transmitir a los nuevos sectarios a quienes continuaban reclutando por fidelidad a una rutina que no se atrevían a repudiar por temor a las represalias que les podría acarrear divulgar su olvido, patético y extravagante.

El paraíso

El navegante era tan obstinado y testarudo que a ninguno de sus conocidos le sorprendía cuando lograba culminar un propósito por complicado y engorroso que pareciera a primera vista. Era suficiente que él dijera que podía hacerlo, para que todos se convencieran que lo haría en el momento más inesperado. Esa había sido su costumbre desde niño y la fama de su terquedad le seguía favoreciendo en la madurez, por ello pudo persuadir al grupo de desocupados que embarcó en las naves para que lo acompañaran hacia cualquier lugar desconocido del mundo.

Además de terco y obstinado en su manera de ser el navegante lo era igualmente como lector. De allí que no abandonara para nada la copia de las escrituras que conservaba con devoción y leía y releía sin cansarse hasta el punto de poder dilucidar en la realidad cotidiana los intrincados vericuetos de un versículo casi olvidado del libro. Pocas personas, entonces, mejor entrenadas y más dispuestas a identificar y reconocer al paraíso, con sólo estar en su vecindad. Los alrededores del paraíso son fácilmente reconocidos

por el navegante, quien insta a la marinería a arriar velas y tirar ancla para desembarcar en la cercanía paradisíaca. El intento de motín que provoca su terquedad en una tripulación de zafios hastiados de comer manzanas resacas durante ese tercer viaje, obliga al navegante a desistir de bajar a tierra, y pierde para siempre la posibilidad de comprobar la veracidad de su hipótesis.

El árbol

Por quién sabe cuál capricho genético aquel árbol presentó durante su crecimiento deformaciones monstruosas, desde el punto de vista arbóreo. Se trataba de irregularidades, torceduras y nudos perturbadores que desenmascaraban su intención de simular a una mujer imprudentemente desnuda, a pesar de encontrarse en la vecindad de un aaldea donde la desnudez estaba condenada al ocultamiento más estricto. Redondeces botánicamente anómalas en lugares precisos del tronco, las cuales en un cuerpo femenino corresponderían cabalmente a los muslos, nalgas y pechos, proclamaban su diferencia y alejamiento de los demás árboles de su clase. Además la corteza, en lugar de áspera y rugosa como es de rutina en el mundo vegetal, era fina y suave al tacto, despertando en quienes llegaban a acariciarla deseos degradantes y revoltosos que les inducían a cobijarse durante horas bajo su sombra imperturbable. El árbol mujer indiferente a la inquietud desencadenada por su presencia, permanecía inmutable, como si hubiera echado raíces, en el sitio donde le adoraba un numeroso grupo de partidarios de una doctrina que utilizaba como seña identificatoria una cinta de seda blanca con la imagen de un hachuela de leñador, bordada en estambre negro.

Los cachicamos

Una hipótesis delirante y estrafalaria del origen de los cachicamos es la que pretende hacer aparecer estas pacíficas bestezuelas como descendientes de un grupo de armados caballeros, beneficiarios en su momento de bendiciones eclesiásticas y remitidos con las solemnidades del caso al rescate de las Tierras Santas. Tales caballeros debido a discordancias geográficas, a repetidos descuidos y negligentes imprevisiones traspapelaron la ruta de su encargo místico y vinieron a parar en estas regiones selváticas, donde acobardados por la intrincada vegetación y tostados en sus corazas inútiles, renegaron de su Dios y usaron su nombre en imprecaciones insensatas. Para reparar el ultraje, la divinidad siguiendo la costumbre de la época, en castigo a las blasfemias de un solo gesto inapelable les transformó en estos animales. En el momento de la metamorfosis provocada por la ira del Dios todos los renegados tenían puestas sus armaduras las cuales todavía conservan luego de varias generaciones reproduciéndose en su actual forma de cachicamos.

La partida de ajedrez

El salón brillaba bajo las luces esparcidas por grandes lámparas colgadas del techo, haciendo resaltar el color de las butacas y sillones que descansaban adosados a los muros.

En el centro, sentado frente al tablero, mi amigo meditaba la mejor respuesta al movimiento del caballo blanco que yo había hecho saltar sobre las piezas para encargarlo de desvirtuar los designios de la torre enemiga.

Antes de efectuar la jugada que le correspondía solicitó de su doncella una bebida fresca para revocar la sed que aparentemente le asaltaba. La entrada de la muchacha, de belleza firme y persistente, tergiversó mi visión del juego y ante el avance mesurado de un peón que no encerraba peligro alguno, sin pensarlo dos veces, sacrifiqué la dama blanca, la cual por fidelidad conyugal me acompañaba en silencio desde el inicio del certamen, para perseguir con insensatez e impertinencia las caricias de la azafata. Ella se limitó a desbaratar mis intenciones ofreciéndome con soltura la bebida que le traía a mi compañero de juego, quien olvidado de los embates de la sed ponderaba su victoria inesperada en tan difícil partida.

